

Queda prohibida la reproducción de artículos publicados en LA VANGUARDIA sin indicar la procedencia.

La vida política

Ya se ha visto con cuánto acierto sospechábamos en nuestro artículo anterior que lo que ocupaba la atención de los ministros en los repetidos Consejos que están celebrando era el próximo presupuesto. El señor Dato lo ha confesado francamente, aunque no haya dicho la totalidad de la verdad, y es que hay ministros que no están muy conformes con realizar la cifra de economías que el señor Buall quiere que se haga en cada departamento. Puede que todas las voluntades se reduzcan por obra de la necesidad, pero por de pronto hay lucha entablada entre los consejeros de la Corona por el reparto de economías que nadie quiere hacer en la proporción necesaria para disminuir en lo posible el déficit.

El señor Dato ha hecho dos declaraciones que nos parecen sumamente graves. La primera es que el presupuesto próximo será poco más ó menos igual que el que rige, y la segunda, que el aumento de gastos vendrá aparte, en los proyectos que habrá de presentar el ministro de la Guerra. Ya sabemos que el presupuesto propiamente dicho no va á ser presupuesto ni nada; sus cifras dependen de otros proyectos que vendrán después y principalmente de los que origine una especie de reorganización del ejército, que por lo visto se intenta. Sin conocer de lo que se trata no sería justo hacer crítica; pero sí del fondo de esos proyectos nada queremos decir, no podemos menos de condenar la forma de presentarse. Llenar una cifra de gastos ó ingresos en una ley constitucional y luego alterarla por medio de leyes presentadas aparte, nos parece un sistema adecuado para que no haya verdaderos presupuestos, ni cuentas ni nada.

El sistema es tan antiguo como pernicioso y nos extraña que el señor ministro de Hacienda lo aguante y lo continúe perpetuando uno de los vicios más censurables de nuestra administración. El Tribunal de Cuentas, en unas memorias anuales que presenta á las Cortes, ha censurado muchas veces el procedimiento; pero estas memorias no se leen ni se discuten ni se utilizan para nada.

El inolvidable Rodríguez Correa, discutiendo sobre estas cosas solía decir: —Las cuentas del Estado tienen equívoco el sexo, no son cuentas sino cuentos, y poco divertidos por lo general. Nosotros añadimos que son cuentos tristes porque llevan al contribuyente la convicción de que han de aumentar las cargas que sobre él pesan sin esperanza de alivio por ahora ni en mucho tiempo. Hoy se invoca la guerra para justificar el desbarajuste económico, pero para el contribuyente español lo mismo sucede cuando el templo de Juno está abierto que cuando se halla cerrado. Como la administración siempre es mala, como el aumento de gastos es constante, ya sabe que aun reinando la famosa paz de Octavio ó se le ha de aumentar anualmente los tributos ó de reclamar algunos nuevos. Para el contribuyente no hay guerra; sigue cargando sobre él un peso abrumador y progresivo, aunque nos hallemos en el período más pacífico que pueda soñarse.

Le sucede lo que á don José Salamanca que huyendo de Madrid durante una epidemia cólera decía al regresar después de cantado el «Te Deum»:—Si lo sé no me marchó; eso del cólera ha sido una mentira de la prensa; en Madrid no se ha muerto nadie; todos los que me pedían dinero los he encontrado vivos y acometéndome nuevamente; no se ha muerto ninguno.

Para el contribuyente no hay guerra ni paz; todos los tiempos son iguales para continuar la rutina de unos presupuestos que no son verdad ni en los gastos ni en los ingresos. Hemos tenido unos cuantos años de presupuesto con superavit y á ningún ministro se le ha ocurrido que esos millones que sobran se rebajasen de las cargas públicas. ¿Qué le importa al contribuyente que haya sobrante entre los gastos y los ingresos? Cada ministro se dedica á rebusar medios de aumentar los tributos ó á crear otros nuevos. Esto parece un voto que han hecho los candidatos á la cartera de Hacienda y á él no faltan jamás. Cada cual tiene su definición para el acto de gobernar; en el ministerio de Hacienda gobernar es aumentar los impuestos y de esta rutina no se sale ni saldremos en muchos años. Ahora con la guerra el camino está más llano para continuar este sabio método. Como la guerra ha ocasionado un déficit enorme están justificados á juicio de nuestros hacendistas el que se dé unas cuantas vueltas al tornillo de la tributación.

El gran desequilibrio ha de producirlo según parece el general Echagüe con sus reformas; para que pasen estos gastos se apelará al ensayado recurso de las sesiones patrióticas; esto ya dió excelente resultado en otra ocasión y no se duda del éxito al repetirlo. Sin querer nos acordamos del famoso y malísimo actor que en el año 23 trocaba las silbas que le propor-

naba su trabajo en calurosos aplausos gritando: ¡Viva Riego! aunque no viniera á cuento. Bueno será recordar al gobierno en estos momentos que el adagio latino que afirma que quien quiera paz debe prepararse para la guerra, ha resultado un solemnisimo embuste porque el que se prepara para la guerra tiene intención de hacerla y la provoca en la primera ocasión que se le presenta.

Toda manifestación de patriotismo nos parece muy bien y aplaudimos sin reservas esas sesiones en las que se exalta el amor á la nación española; pero sin disminuir en nada este noble sentimiento con el corazón henchido de entusiasmo por nuestra bandera se pueden y se deben examinar, se pueden y se deben discutir las cifras de gastos necesarios para la defensa del territorio. Cantemos himnos á la patria; pero examinemos serenamente los gastos que se creen para que no caiga sobre los españoles una carga insostenible de tributos que no respondan á algo realmente útil y necesario.

En los actuales momentos y dadas las lecciones que está dando una feroz experiencia los procedimientos de la guerra sufren variaciones esenciales cada día; si procedemos de ligero se pueden hacer gastos que al mes la práctica haya declarado inútiles por haberse adoptado métodos nuevos de guerrear. No repitamos lo que según el sabio Benot hizo España con el telégrafo; que cuando ya se estaba instalando el eléctrico en muchos países de Europa nos gastáramos el dinero en establecer el de torres.

Los liberales son por lo importante de la minoría que constituyen los llamados á contener al gobierno en el camino de los gastos impremeditados; pero por desgracia tienen poca autoridad para ello porque en sus últimas épocas de mando han recargado el presupuesto de gastos con prodigalidades verdaderamente escandalosas. Tan grave es todo lo referente al presupuesto próximo que ya no habla el gobierno de reunir las Cortes en la segunda quincena de octubre; esa fecha que hace un mes parecía segura no se cita ya por nadie; todo hace creer que la reapertura del Parlamento se retrasa por causas relacionadas con nuestro estado económico. Resulta, según todos los indicios, que las Cortes no se reúnen hasta noviembre, y resulta que los presupuestos no se pueden discutir si han de entrar en vigor el día 1.º de enero por falta absoluta de tiempo.

Repitamos una vez más que para nosotros no hay circunstancias graves, ni guerra, ni paz; la rutina no se altera; los vicios más censurables se perpetúan; los presupuestos no se discuten jamás como es debido y siguen pasando rápidamente por el Parlamento para cumplir una formalidad legal, pero sin dejar que nadie se entere de su contenido.

EMILIO SÁNCHEZ PASTOR

Cotidianas

Leo y reproduzco:
«Londres.—Una granada enviada á Londres como recuerdo, por un soldado que está en Francia, ha hecho explosión en la oficina central de Correos.

Resultaron heridos un general y varias personas más.»
¡Vaya un recuerdo el que se le ocurrió al soldado enviar á Londres! El obsequio es para realzarse al primer amigo mortal que se presente.

Los artilleros que dispararon el recuerdo no imaginaban, seguramente, manejar un cañón de tan gran alcance y que el proyectil había de ir á estallar á Londres y herir á un general y otras varias personas que estaban tranquilamente nada menos que en la oficina central de Correos, expidiendo algún certificado ó preguntando si tenían cartas en lista.

¡No iré yo á Correos, por si acaso! ¿Quién me dice que estando un día en las suntuosas (?) oficinas de la plaza de Urquinaona con intención de recoger una carta cuyo expedidor ó expedidora son tan distraídos que equivocan el número de la casa á donde escriben — hay personas así — no me puedo encontrar con algún certificado explosivo de la misma naturaleza que el de Londres? Yo no soy miedoso, pero ¡pardiez! soy prudente y no me agrada que me alcance un proyectil sin tener yo participación alguna en las batallas. Porque, la verdad, no me gusta darme tono, como puede ya dárselo el general inglés, si cura de su herida (y yo se lo deseo muy sinceramente), porque andando el tiempo podrá decir con orgullo:

—Mi ser herido gloriosamente por una granada alemana en la guerra europea.

—Pero, sí Fuldnez, ¡si usted no se movió de Londres ni estuvo en la guerra!

—Yes, ser cierto, no moverme. Pero mi haber estado en Correos. Ser esto una heroicidad. Quien ir á Correos exponer la vida y merecer la Jarretera.

Ni la orden de la Jarretera tiene atractivo para mí si he de ganarla por hacerme pupa una granada enviada postalmente ni aun canónicamente. Por tanto, os suplico, queridos soldados ingleses, alemanes, franceses, austriacos, belgas, turcos, rusos, japoneses, serbios, montenegrinos, italianos, senegaleses, cipayos argelinos, canadienses, australianos, etc., etc., etc., que no me mandéis ningún recuerdo de la guerra actual. Me gustaría conservar alguno, pero... ¡soy muy prudente!

CAROLÍN

LA VANGUARDIA recuerda que no puede devolver los originales de trabajos no encargados que se le envíen para su publicación, ni mantener correspondencia acerca de los mismos.

ASPECTOS

Los hechos pequeños

Marcelle Tynaire, la gran novelista de Francia, ha escrito un libro cuyo título *La veillée des Armes, Le Départ* declara como está ligado su asunto á la actualidad palpitante de la guerra. En estas horas dramáticas de la humanidad, la novela se confunde con la historia en el terreno de una preocupación absorbente que comunica á todas las cosas un tinte grave y trágico y nos retrae de divagar por el campo de los posibles. ¿A qué fantasear si la realidad está ahí, más atrayente y más temible que los sueños, como las esfinges que salían al camino á proponer enigmas á los viajeros griegos, marcados por el sello indivisible del Destino?

Este libro de Mme. Tynaire es la historia de dos días. Como las tres unidades se inventaron para la dramática y además han pasado de moda, parece que una novela de cuarenta y ocho horas precipita demasiado su argumento. ¿Qué puede pasar en dos días? ¿Cómo veremos nacer, plantearse y resolverse, en ese breve espacio de dos apariciones solares, el drama de una vida ó de muchas? Claro es que todo lo que nos ocurre sucede, en apariencia, en un minuto fugaz indivisible; más en realidad el suceso no se consuma en un instante, sucede, en el curso del tiempo, es una sucesión. La hora más intensa tiene antecedentes y derivaciones, que registran el novelista ó el poeta en general, puestos á ser sus historiadores. Más hay horas y días que son como acumuladores de esfuerzo de pasión de dolor, de alegría y que por eso quedan clavados como hitos en nuestro recuerdo.

De este linaje son los dos días cuya novela parisiense ha escrito Marcelle Tynaire. En esos días ha pasado mucho y no ha pasado nada. Los llena la angustia de la víspera, la emoción de la catástrofe de los pueblos que se aproxima, que se siente venir; de que se quiere dudar, y que, al cabo, se presenta, implacable. En esos días, la vida de los personajes de la novela, en apariencia apenas ha cambiado y ha cambiado mucho.

Tenían sus luchas, sus pasiones, sus afectos, sus roces menudos de la vida cotidiana, sus alegrías íntimas, humildes, sus esperanzas, y he aquí que por obra de otros hombres lejanos que á su vez han obedecido á causas oscuras é ignoradas, en todas esas existencias individuales ha entrado un huésped formidabile, lo trágico, lleno de enigmas; el peligro de las vidas amadas, la disolución de los hogares, madres, hijos, esposos, amantes, separados; la zozobra del mañana tenebroso, sucediendo á la tranquilidad de una vida fácil y descuidada.

Esto es lo que con un arte sencillo y conmovedor cuenta la Tynaire en su libro: la vida de unas cuantas familias de París la víspera y el día de la declaración de guerra, podemos decir prosaicamente. Poesía é Historia á la vez: historia porque, aunque los personajes sean rígidos como creación del artista, ha habido muchos del todo semejantes que les dieron su pensamiento, sus emociones, su color de realidad. Marcelle Tynaire no ha hecho más que escoger entre la multitud. Poesía, por la emoción profunda y recogida que nos comunica. Y como la Poesía es adivina, arte de vates, nos hace ver una cosa, que siendo muy visible suele pasar inadvertida porque los ojos de los hombres no están hechos á ver bien y á notar aquello que continuamente tienen delante, como si el hábito de la presencia fundiese el ojo y el objeto sin producir la proyección clara de la imagen.

Vemos patente en esta novela como los hechos grandes, ruidosos, aparentes están compuestos de multitud de hechos pequeños, particulares, que son como sus células, son elementos primarios y vitales. La invasión de Bélgica y de Francia, la batalla del Marne, la campaña de Polonia, de los Carpates, de Serbia, de Curlandia, son el material histórico presente y futuro. ¡Cuántos pequeños hechos componen estos grandes acontecimientos! ¡Cuántas vidas deshechas, cuántas dichas truncadas, familias en la miseria, hogares destruidos, existencias en flor segadas! Un desencadenamiento del dolor y del mal en el mundo, que es el crimen inexplicable de la guerra. Cuando ésta termine y los pueblos jadeantes y avergonzados vuelvan á la civilización y á la paz, el paso problemático que se haya podido dar hacia una vida mejor ¿compensará esta inundación de dolor y de males? Con el tiempo no se sentirán debajo de la Historia los ayes y miserias que ha costado la pelea a los monstruos colectivos, mas el poeta que escribe bajo la emoción del momento, y poeta es el novelista, nos lo hace oír y parece que de ellos sube un clamor al cielo pidiendo el castigo providencial de los malos pastores que quisieron ó permitieron el desastre. Bajo esta impresión cerramos el libro de Marcelle Tynaire.

ANDRENIO

PROBLEMAS NACIONALES

Militaricémonos

II

Hace pocas semanas el ministro de la Guerra declaraba, con satisfacción muy noble y muy legítima, que en tres meses escasos el 80 por 100 de los reclutas analfabetos habían recibido instrucción suficiente para poder leer y escribir. Es decir, que lo que no habían podido conseguir ni el poder ni la sociedad civil en muchos años, lo con egua el ejército en pocos meses. El hecho es elocuente y la lección viva y fecunda. No hemos visto que la prensa lo haya comentado como merecía, y lo sentimos, ya que donde se anda á caza de censuras, bien está que no se escatimen las alabanzas las pocas veces que suele haber ocasión de hacerlas, tanto más cuando en este caso el mérito no es del ministro ni del gobierno ni aún de ningún partido, sino de una institución que está por encima de ministros, gobiernos y partidos, y es brazo y corazón de la patria.

Mucho vale ya esa instrucción elemental que al entrar en filas reciben los reclutas; pero si se ampliara y perfeccionara durante los dos ó tres años del servicio militar, cuantos mozos pasarán por él—y hoy á causa del servicio obligatorio son casi todos los jóvenes españoles,—serían luego diez veces más útiles á la sociedad, á sus familias y á sí mismos que antes de entrar en filas. Porque yo no pongo únicamente en la cuenta ese singular beneficio de la instrucción, pues es quizá la que menos vale de todas las enseñanzas que en el ejército se reciben: lo que más vale son los hábitos que en él pueden adquirirse: el hábito de disciplina, de orden, de puntualidad, de buenas costumbres, de respeto á la autoridad, de sentimiento del honor y del deber, de espíritu de sacrificio, y, en una palabra, de todas las virtudes indispensables á un pueblo verdaderamente civilizado. Esto sin contar que en el ejercicio de las armas se adquiere resistencia física, vigor corporal, valor moral, destreza y agilidad y se despiertan muchas de las facultades que acaso dormían, incluso lo que á muchos parecerá un contrasentido, en medio de la más férrea disciplina y obediencia: criterio individual, iniciativa y personalidad.

Es decir, que hoy por hoy la mejor y más eficaz escuela de ciudadanía que poseemos es el ejército. Lo es ya en realidad y puede serlo en grado mucho más alto con un poco de buena voluntad por parte del Estado y un poco más de abnegación por parte del ejército mismo. Y al reclamar de éste un poco más de abnegación no se entienda que considero escasa la suya, sino al contrario que supla con su acostumbrada abnegación la falta de abnegación de todos: de gobiernos y parlamentarios, de la administración civil, de cuantos están obligados á hacer cumplir leyes que no se cumpen, y del país mismo. Ya sé yo que hay en el ejército espíritu suficiente para acoger con entusiasmo, y cuando no fuera por espíritu de disciplina, por espíritu patriótico, todas las tareas y obligaciones que se le impongan. En el ejército no se mide el peso de la labor cuando se trata del deber, ni la magnitud del esfuerzo cuando se trata de un gran ideal. Los que han jurado defender la bandera y la patria á costa de su sangre, no retrocederían ciertamente ante una labor que supone el principio y la base de la regeneración de España. Indudablemente, el ejército aceptaría con júbilo y orgullo la idea de ser él quien consiga esta suspirada regeneración: lo hace ya como puede; lo haría mejor cuando se le dotara de los medios necesarios. La fecunda labor que hay que poner en sus manos es la de devolver á la nación convertidos en hombres inteligentes, aptos para toda clase de luchas, amantes de la patria y de sus glorias, disciplinados y avezados al orden y al respeto á la ley, á unos mozos que en un tanto por ciento todavía muy grande le entrega el poder civil analfabetos, zafios, pobres de espíritu y sin idea clara de patria, de disciplina social, de amor al orden, es decir, horros de las virtudes que son necesarias para el recto ejercicio de la ciudadanía.

No son éstos ciertamente los que representan la labor mas dura. A las filas van muchos elementos que han bebido ya el odio á la sociedad actual, á la autoridad, á la ley, á la bandera, y, aunque parecen monstruos, á la patria; elementos de desorden y anarquía, formados de muchos *conscientes* que odian muchas cosas que no conocen. La labor de éstos es difícil y penosa; tranformarlos y ganarlos al amor de lo que han odiado, es árdua empresa, pues en una cabeza endurecida, donde han logrado infiltrarse unas cuantas frases y otras tantas teorías *filosóficas*, es muy difícil meter otras sin abrirla previamente; pero cuando el ejército se dé cuenta de la altísima función que le está reservada y cuando el pueblo comprenda á su vez cuanto puede hacer el ejército en beneficio de la nación entera; cuando gobiernos y parlamentarios doten al ejército de lo que para tan elevados fines necesita; cuando los reclutas hallen en